



DAN QUE PENSAR

por Elisenda Julibert

“El intelectual melancólico”

Jordi Gracia identifica y clasifica a esta rara pero venenosa ave.

A demás de un pasatiempo entre otros, leer ha sido y sigue siendo una forma de adquirir conocimientos. Pero, ¿qué conocimientos? Para decirlo rápidamente, la lectura no sólo nos da acceso a saberes especializados, sino a un conocimiento más general y universal: el de la condición humana que, descubrimos, no ha cambiado tanto. Eso es algo que al cabo de los años y las lecturas descubre cualquiera con una mínima sagacidad. Pero, por alguna extraña desviación del alma humana, que Jordi Gracia identifica con la melancolía (y de la que también dan cuenta un buen número de libros), a veces quienes han leído mucho, esos seres a los que el siglo XX bautizó como intelectuales, olvidan lo que han leído. Particularmente olvidan que en todas las épocas ha habido personas dedicadas a la vida del espíritu o a la vida contemplativa (a cultivar y mejorar su alma en el mejor de los casos, y a mimarla en el peor), y, cuando llega la hora de la profunda soledad o del hastío, sucumben a la tentación de atribuir esa soledad a sus contemporáneos, a su época (degenerada, obtusa, ciega, insensible, decadente, etcétera), en vez de achacarla al escaso interés de su trabajo, a la sensación de fracaso, o a la conciencia de ser menos de lo que un día soñaron ser (eso es lo malo de soñar...). El intelectual melancólico es un texto breve, mordaz y muy lúcido, sobre los principales síntomas del síndrome de estos seres desengañados y sobre las consecuencias de su frustración en nuestra sociedad en particular: “Si en una sociedad democrática madura esta actitud derogatoria [característica del intelectual melancólico] es un tanto infantil y esterilizante, en una frágil como la española es calamitosa y de alto riesgo”. De hecho, lo que parece haber animado la redacción de este panfleto es precisamente que esta especie, por rara que sea hoy (como antaño), es bastante insidiosa, al menos en el entorno en el que suele moverse, el de la enseñanza y, en general, el de la cultura. Como, por lo demás, Jordi Gracia forma parte de ese medio, y ha consagrado una parte importante de su trabajo a los avatares de la cultura española en el pasado siglo, cabe suponer que sabe bien de qué habla, e incluso sospechar que ha disfrutado de (y padecido) la compañía de alguno de esos especímenes venenosos... De modo que hay que felicitarse de que, a pesar de la proximidad con ellos, haya sabido sacudirse la melancolía, y también agradecerle que nos ofrezca un antídoto tan eficaz.

Jordi Gracia
Anagrama. 104 págs. 12,50 €.

